

CONVERSIÓN PASTORAL

CUARESMA 2014

Un sueño compartido

Comparto con el Papa Francisco *el sueño de una opción misionera capaz de transformarlo todo*, como dice en su reciente exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*. Es el Sueño del Reino de Dios que anunció Jesús de Nazaret y que no ha muerto ni puede morir. No se trata de ambición de poder, como pudiera parecer a una lectura superficial, ese afán de transformarlo todo. Está muy lejos de querer significar “dominarlo todo”. Su auténtico significado es el de “estar al servicio de todo lo humano”, Porque en dicho servicio se realiza el Reino. Y la Iglesia no puede subsistir como ella misma si todo su ser no está al servicio del Reino. La Iglesia de Cristo no existe para defenderse a sí misma, sino para defender a los pobres y consolar a los que sufren, en cuya defensa y consuelo halla su auténtica realización. La Iglesia que está llamada a ser *luz del mundo, sal de la tierra y levadura en la masa*, no puede orientarse en medio de la sociedad humana hacia su “preservación”; más bien hacia su “disolución”, en el sentido obvio de deshacerse sembrándose en los surcos de la historia donde se trabaja y lucha por una humanidad justa, en paz, en fraternidad. Cuando la Iglesia tiende a autoconservarse mediante cualquier tipo de mantenimiento de poder (espiritual, moral, legal, político...), en competencia con otros poderes de este mundo, pierde su identidad, como *sal que para nada vale sino para que la pisen los hombres*. Lo suyo es alejarse lo más posible de todas las formas de poder, para que aparezca, también lo más limpiamente posible, su actitud solidaria, comprometida con todas las causas de bien común y luchas de liberación.

La conversión pastoral de la Iglesia exige, según el Papa, la reforma de sus estructuras. Reforma que ha de consistir en que *todas ellas se vuelvan más misioneras*. Todo en la Iglesia ha de ser misión. Desde los Archivos del Vaticano hasta la burocracia más elemental de las parroquias, ha de ser como un conjunto de actividades y medios que dejen ver a través de ellos el rostro de Jesús de Nazaret y su Mensaje del Reino. Sobre todo, muy sobre todo, se precisa que cualquier tipo de lenguaje utilizado en la tarea pastoral, sea *cauce adecuado para la evangelización del mundo actual*. Tanto el lenguaje de la predicación litúrgica y catequética, como el de la organización de las tareas comunitarias y las condiciones económicas y legales (canónicas) puestas en marcha, deben gozar de una sencillez que no dificulte el acercamiento y la comprensión de todos, pero especialmente de los más pobres y de los más alejados, a la oferta liberadora de las Iglesias.

Nuestro mundo tiene hambre de Dios

No me resisto a traer aquí una anécdota de mi propia experiencia pastoral, que con vergüenza y acción de gracias a un tiempo, me ayuda a expresar lo

que aquí quiero decir, en consonancia con el texto papal citado. Hará de ello diez o doce años, al cruzar una esquina del pueblo en que ahora vivo, me tropecé casi literalmente con una viejecita de unos ochenta años que caminaba lentamente apoyada en su bastón, mirando al suelo; en tanto que yo, que todavía conservaba en aquellos momentos mi andar ágil y ligero, a punto estuve de atropellarla. Pero di a tiempo un paso atrás, le pedí perdón y le dejé el paso interior de la acera. Entonces ella, levantando su mirada hacia mí, me sonrió dulcemente y dijo casi entre dientes: ¡¡Ah!; es usted; el cura que habla de Dios”.

Os aseguro que, en aquel momento, no terminé de comprender lo que ella quería decir. Continuamos cada uno nuestro camino, sin más conversación entre ambos. Pero algo en mi interior bullía como una especie de aturdimiento, fruto de dos sentimientos enfrentados con gran fuerza: la alegría y la tristeza. En horas posteriores pude rumiar lo ocurrido. Sentía que mi alegría brotaba de saber que hay gentes sencillas que quieren que se les hable de Dios y gozan con ello; esta viejecita había sido para mí testigo de todas ellas. Y sentía la tristeza de que no pocas veces la predicación de nuestras parroquias discurre por senderos de un moralismo represivo que no deje percibir la acción liberadora del amor divino.

En confirmación de tales sentimientos, haciendo más profundos mi alegría y mi dolor, han sido numerosas personas, en diferentes situaciones geográficas y sociales, las que me han dicho (textualmente una por una): “Cada vez que escucho a ese cura me veo más mala persona, sin salvación posible para mí”; o, “siempre que salgo de misa salgo condenada”. ¡Dios mío! ¡Todo lo contrario de lo que debiera ser la predicación evangélica! ¿Por qué cauces de tremenda deformación ha discurrido el estilo y contenidos de la predicación cristiana, para que haya llegado a convertirse (afortunadamente no en todos los casos) en ese sermón amasado de miedos y condenas, que aburre e impide ver la eficacia del amor de Dios actuando en este mundo con su acción liberadora?

Personalmente pienso que se trata de una generación de curas formados para el mantenimiento, más que para la expansión misionera. A uno de estos curas con menos de diez años de ordenación le he escuchado decir (y transcribo ahora con dolor): “Yo estoy aquí para trabajar en mi parroquia, y todo el que venga será bien acogido; pero yo no voy a ir a buscar a nadie”. A este mismo cura le vi llegar a un nuevo destino pastoral cargado de planes y proyectos, bien dispuesto a defenderlos, antes de conocer a sus gentes y las características sociales y culturales de las mismas. El buen y joven cura, lleno de ilusión y deseos de hacer mucho bien, había *caído presa de una especie de introversión eclesial*, al decir de Juan Pablo II. Había puesto su mucho entusiasmo pastoral, a todo punto innegable, en conseguir una parroquia bien estructurada en todos sus quehaceres intraeclesiales, y bien dispuesta a secundar en todo la voluntad de su pastor. El diálogo y la disensión quedaban fuera de los cauces habituales; y, quien no estuviere de acuerdo también quedaba fuera de la estructura parroquial.

Por eso, cuando leo en el número veintisiete de la *Evangelii Gaudium* las palabras que a continuación transcribo, no es de extrañar que salte de alegría en mi interior: *que la pastoral ordinaria en todas sus instancias sea más expansiva y abierta, que coloque a los agentes pastorales en constante actitud de salida y favorezca así la respuesta positiva de todos aquellos a quienes Jesús convoca a su amistad.* Pienso que son muchos, muchísimos aquellas y aquellos a quienes Jesús convoca a su amistad, y no han encontrado en su camino (*como ovejas que andan sin pastor*) la voz amorosa que los llame por su nombre. Pienso que hay mucha hambre de Dios en el mundo de hoy; pero “no se habla de Dios”, al menos adecuadamente, porque no se lleva a cabo desde las coordenadas que hacen verdadero y atrayente su discurso: el testimonio personal de fe del que habla y su compromiso solidario con los últimos.

Desde Dios y desde los Pobres

No se puede hablar de Dios sin Dios. No se puede decir nada sobre Dios si no es desde Dios mismo, si no es Dios en persona el que se dice. Porque de Dios no se puede transmitir nada que no sea vida. Y cuando Dios es vida en el agente pastoral, la transmite aún sin decir nada; y cuando habla, su boca rebosa misericordia entrañable. Desde el trasfondo de la palabra hablada, desde el corazón impregnado del amor de Dios, Dios es quien toca los corazones oyentes para dejarlos como esponjas empapadas de consuelo, de ternura, de esperanza, de ganas de ser mejores porque se saben muy amados.

Igualmente, el discurso sobre Dios de la predicación cristiana, es un discurso desde los pobres (¡no sobre los pobres!). No hablamos de los pobres para tenerles compasión, si ésta no es verdadera pasión-con, verdadero sufrir con ellos compartiendo miserias y luchas de liberación. Dar a los pobres protagonismo en su propia liberación, hace de la predicación de la Iglesia anuncio del Reino, donde todo lo que no parte de los pobres (de cuantos no han puesto su corazón en las riquezas, y de aquellos muchos que son víctimas de quienes sí han puesto su corazón en el poder económico), no es camino de Justicia, de Paz y de Fraternidad. Predicar desde los pobres es darles a ellos la palabra, con la certeza de fe evangélica de que en ellos escuchamos con la mayor claridad posible lo que es Voluntad de Dios, cuanto Dios nos está dando y pidiendo en cada encrucijada de la historia.

Y así, una pastoral que habla desde Dios y desde los Pobres, nunca se verá víctima de introversión. Porque no habla desde posiciones a defender, desde valores patrimoniales a custodiar, sino desde la experiencia de Dios y el sufrimiento de los últimos, que acaban por ser una única realidad y el contenido irrenunciable de su misión en el mundo.

Un testimonio a favor de la impostergable renovación eclesial

Escribo precisamente estas cosas tres días después de haber despedido a un hermano cura, que falleció a los ochenta y cuatro años, dejando tras de sí un rastro de bondad y espíritu de servicio que hizo de su pastoral un espacio acogedor de múltiples situaciones humanas. Es difícil encontrar una

celebración de exequias tan llena de vida, de ternura, de esperanza y afán de superación como lo ha sido la de este hermano. Los testimonios, inacabables, salieron todos tejidos como un rosario de acción de gracias al Padre por el bien que había hecho con su ministerio pastoral a tantas personas e instituciones (incluso políticas y sindicales) tejidos en el hilo de la sencillez. Porque si algo sobresale en la vida de Telesforo, que le acompañó a lo largo y ancho de todo su ministerio, desde la parroquia a su responsabilidad de Rector del Seminario Menor de su diócesis; desde su trabajo como cura obrero en una autoescuela hasta su vida matrimonial (estaba secularizado), es, ha sido, la sencillez. No en vano, entre los testimonios fehacientes de quienes más le había tratado, no faltó la referencia comparativa a Francisco de Asís.

Cuanto compartimos con él tareas pastorales, no podemos olvidar su amor crítico a la Iglesia. Tan amante como crítico. Su crítica a lo en un momento llamamos involución y más tarde neoconservadurismo eclesial, nunca fue amarga ni desesperanzada. Los problemas de la Iglesia, incluso su pérdida de credibilidad en amplios sectores sociales, los acogió siempre como un desafío a la autenticidad, a la fidelidad al mensaje de Jesús.

Nunca quiso ver un mundo “malo”, sin soluciones a sus problemas más acuciantes, sino más bien una sociedad enferma, a la que hay que acudir con todo el cariño de una enfermera que tiene plena confianza en que sanará su paciente. Así fue -¡es!- Telesforo. Su corazón de pastor continuó siendo pastoral después de haber dejado por imposición canónica el ministerio. Vivió su fe en una comunidad de base. Cuanto lo habían conocido y tratado como cura, siguieron tratándolo igual sin dar importancia alguna al hecho de la secularización. Tal vez tras su secularización, en dieciocho años de casado con Pepita, extraordinaria compañera en el camino de la afectividad y de la fe, consiguió otra forma de cura, de ser misionero, manteniendo una familia tipo del Reino, más allá (como quería Jesús) de los lazos de parentesco y compromiso carnal.

Cuando, pues, comento mi entusiasmo por la llamada a la conversión pastoral, la *impostergable renovación eclesial* que postula Francisco, el testimonio de este compañero recientemente fallecido, me fuerza a confesar que lo que nos pide el Papa (más bien, el Espíritu del Señor) no sólo es necesario, impostergable, sino real y ya presente en muchos servidores de la Iglesia, en muchísimos mujeres y hombres de hoy, que nunca han renunciado a vivir en el seguimiento de Jesús pobre, manso y humilde de corazón. Vivir en el seguimiento del que vino no a ser servido, sino a servir, y dar su vida por el bien, la felicidad y la libertad de muchos. Nunca han faltado tales en el seno de la Iglesia. No siempre la Iglesia, empeñada más en su imagen pública y en su poder e influencia social, ha sabido reconocer tales vidas como suyas; pero incluso lejos de lo institucional y canónico, estas vidas (grupos, comunidades) han seguido siendo levadura del Reino.

Procurar estar siempre allí donde hace más falta la luz y la vida del Resucitado, es una bella síntesis de todo un programa pastoral que siempre nos estará llamando a conversión. Se trata de que las parroquias y sus

agentes pastorales estén más cerca de la gente en general y muy en particular de los que más sufren. Se trata de llevar la paz a donde hay guerra, la salud a quienes padecen enfermedad. Se trata de que la luz del Resucitado que ha encendido mi vida humana con resplandores de vida divina, la lleve confiada y gozosamente a quienes todavía están bajo las tinieblas del miedo, de la violencia, de la opresión, de la incredulidad...

Se trata de compartir sin imponer, ofreciendo a través de una presencia cercana, atenta, servicial, comprensiva (que no tiene por qué confundirse con permisiva), sin exclusiones ni condenas, gratuitamente, lo que nosotros hemos recibido gratuitamente. Nunca la misión cristiana deberá caer en actitudes y métodos proselitistas. Jamás será fiel la Iglesia a Cristo, su cabeza, si lo que pretende es atraer hacia ella a los hombres y mujeres, y no llevarlos al encuentro personal con el Dios y Padre de Jesús. Que sólo Dios salva y que la Iglesia es instrumento de dicha salvación, siempre que no se busque a sí misma, siempre que se autoconfiese Pueblo de Dios al servicio de una Humanidad en abrazo.

El sueño misionero de una Iglesia totalmente gratuita

Por eso, la conversión pastoral que hoy nos pide la Iglesia, *el sueño misionero de llegar a todos* que comparte con nosotros el hermano Papa Francisco, es, ante todo, conversión a la gratuidad en todas las manifestaciones de la Iglesia en el Mundo. Autoridad de una Iglesia que se fundamenta en el servicio. y rehúye toda forma de poder temporal: esto es gratuidad. Servicio que se lleva a cabo desde la humildad y espíritu de sacrificio por el bien común, predileciendo siempre a los más necesitados: esto es gratuidad. Servicio como mesa compartida, mesa de la Palabra y del Pan, mesa del diálogo y la comunicación sin velos, mesa de la igualdad fraterna sin superiores ni subalternos, mesa donde a nadie se le niega el vino de la experiencia de Dios: esto es gratuidad.

Y también, es gratuidad, peregrinar por los caminos de los hombres sin alforjas ni túnica de repuesto, porque confiamos en ser bien recibidos, ya que lo que ofrecemos es paz, comunión, espíritu de servicio, dejando bien claro que no nos predicamos a nosotros mismos ni somos servidores de ninguna institución de poder temporal.

También es gratuidad (y en momentos de la historia como el presente la más necesaria), ayudar a mantener la paz en el corazón del conflicto, y a saber mirar con esperanza, descubriendo los signos del Reino, que siempre apuntan en los surcos de la lucha por la justicia y de la solidaridad con los más desposeídos. Es, a mi modo de ver, el signo supremo de gratuidad evangélica: no desistir en la confianza de que este mundo puede ser mejor, por muy mal que vaya.

A la luz de la gratuidad florecerá, sin duda, una pastoral nada triunfalista, cuyos frutos se medirán por la talla humana de sus agentes: mujeres y hombres que, con una fuerte experiencia de Dios en sus corazones, viven su encarnación en aquellos espacios de la vida ordinaria donde cada uno es

llamado a ser testigo del amor de Dios. Sin más pretensiones, porque a nada más grande puede aspirar un seguidor de Jesús de Nazaret, que a ser testimonio vivo ante sus hermanos, de esa alegría de saberse ya salvado, para la eternidad y para el presente, por un amor infinito, eterno, universal, ¡gratuito!, que es el que cada creyente siente en su corazón. Porque me sé salvado, liberado, conducido a un gozoso sentido de la vida, cuya base es el amor recibido y compartido, mi vida adquiere en la tierra su mayor hermosura posible y una fecundidad con ninguna otra actividad comparable. Y todo ello en silencio, con sencillez de costumbres y de medios, sin olvidar nunca que a aquellos a quienes tú amas, los ama más, infinitamente más, el mismo Dios que a ti te ama.

Nadie podrá quitarnos la dignidad -dice el Papa- que nos otorga este amor infinito e inquebrantable. Él nos permite levantar la cabeza y volver a empezar, con una ternura que nunca nos desilusiona y que siempre puede devolvernos la alegría. No huyamos de la resurrección de Jesús, nunca nos declaremos muertos, pase lo que pase. ¡Que nada pueda más que su vida que nos lanza hacia delante! Pase lo que pase, el que vive del amor gratuito de Dios, posee en sí la energía de volver a empezar, una y mil veces, la aventura de defender la dignidad de la persona humana contra todas las fuerzas de mentira y opresión. La tarea pastoral que no se alimenta de tal energía, que no transmite una contagiosa alegría -muy distinta de las alegrías del consumo y del mero bienestar material-, estará muy alejada de la resurrección de Jesús, en que radica el Espíritu mismo de la Gratuidad salvando al mundo.